

Un discurso subversivo¹

Manuel José Sierra Hernández

Alumno del master oficial "Ciudad y arquitectura sostenible", impartido por el IUCC, Universidad de Sevilla

shaw2147@gmail.com

¿Cómo expresarlo? ¿Cómo decir que tanta lágrima amarga, tanto duro esfuerzo, tanta sangre derramada, fue en vano? ¿Cómo señalarles a aquellos que dejaron la vida, que sufrieron cárcel y penurias, incompreensión y escarnio, que lo que hicieron no fue de ellos el provecho? ¿Cómo rubricarles a aquellos que heredaron su discurso que toda lucha resulta inútil cuando el enemigo es capaz de incluirlos entre sus propias armas? ¿Cómo expresar, cómo convencer, cómo adoctrinar,... cómo promulgar que la "idea de la victoria social" es el nuevo opio del pueblo?

¿Cómo expresar esto? ¡Cuán atrevimiento es éste ante tanta cabezonería! Contemplo movimientos sociales, gente con banderas republicanas, con el puño en alto o entonando "A las barricadas", manifestaciones humanitarias y conciencias ecológicas y solidarias, seguidores de Che Guevara o de Karl Marx, existencialistas lectores de Sartre o fanáticos de John Lennon, inspiradores de las culturas alternativas o adalides de la sostenibilidad,... sin saber que sus ideologías llenan las arcas de los entresijos del capital, que hoy en día "Che Guevara" es un valor en alza en la bolsa, o que la nostalgia por los Beatles vende discos a millones ¿Cómo enfrentarse ante eso cuyo objeto son las reacciones contra sí mismo? ¿Cómo luchar ante el único sistema de la historia cuyo alimento es la traición puesto que es capaz de transformar ideal alternativo en sujeto propio? ¿Cómo frenar aquello que es ante todo ambigüedad y disolución? Si el hip hop o el arte graffiti pasa a ser cultura de masas, o si la ecología es excusa para urbanizar el monte con el sello de "sostenible" ¿qué nos queda? O mejor dicho ¿cómo discernir el límite de lo que ha tomado el capital como propio? ¿Cómo no traicionar? ¿Cómo luchar contra el capitalismo cuando el sistema hace tiempo que lo absorbió, regurgitó y superó? ¿Cómo saber quién es el enemigo cuando ni siquiera sabemos qué de nosotros mismos se ha consentido como instrumento del sistema?

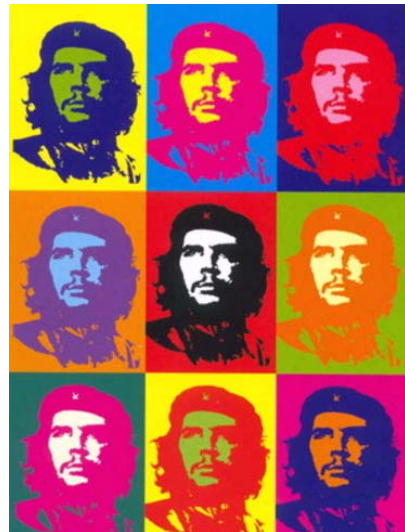


Figura1

Andy Warhol. Che Guevara. Montaje. 1962.

¹ Artículo publicado en "Violencia Desenfocada, Segunda edición de las jornadas de estudio, reflexión y opinión sobre violencia". A.C. Corchea 69 Producciones. Padilla Libros Editores & Libreros Sevilla, 2006. ISBN 10:84-8434-408-8; ISBN 13:978-84-8434-408-7.

Los parámetros han cambiado, las condiciones ya no son las mismas, la rebeldía y la reacción ya no resultan suficientes. Es tan tonto como que hasta ahora hemos pretendido ser rebeldes e independientes a algo que sin embargo siempre nos ha contenido, puesto que conoce y se aprovecha de la condición de que tenemos un nombre, una posición, unos sueños y un origen. De este modo ni siquiera cuando reaccionamos le podemos ser ajenos, el gran hermano se hallará siempre ahí, agobiándonos en la imposibilidad de sentirnos alguna vez completamente solos. Avanzamos hacia una nueva realidad cuyo fundamento es absorber a cualquier posible contendiente, un nuevo paradigma totalmente distinto del anterior. Antiguamente, en realidad no hace mucho, la humanidad se veía inmersa en una lucha de civilizaciones. No existía una única historia, cada contendiente escribía la suya. No existía imparcialidad, el sujeto tenía a la fuerza que entrar dentro de una de las civilizaciones entre las cuales se disgregaba el conflicto. Desde que nacía, dentro de una determinada sociedad y casta, su vida quedaba prefijada a unos parámetros concretos. La sociedad le daba la vida, le proporcionaba alimento y sustento, le otorgaba una posición, una credibilidad y como tal, la persona estaba obligada a devolver lo mucho que de ella había recibido siguiendo un sendero cultural preestablecido: “estudiar, trabajar, luchar contra los enemigos del clan, casarse, tener hijos, cuidar de esos hijos, disponer una herencia”. Senderos rígidos, restrictivos, excluyentes, que definían la vida de las personas miembros tal que hay actos admitidos y otros no admitidos de acuerdo con lo exigido por dicho camino y por dicho entorno cultural. La violencia estaba a la orden del día, eso sí, se castigaban los crímenes y los delitos pero existía una violencia aceptada en cuanto permitía vincularse con ese sendero sin perjudicar, aún más, a veces alentando, el sentido o conciencia de pertenencia al sendero por parte de otra persona. Sin embargo, ¿qué pasaba con el individuo que se percibía contrario a tal actitud? ¿Qué sucedía con aquella persona cuya naturaleza le hacía proclive a rechazar los condicionantes del sendero? Si el sendero cultural tenía que englobar la vida de los individuos, el mayor pecado debía ser a la fuerza sin duda el mostrarse contrario a tales disposiciones de tal modo que enseguida era excluido y condenado al ostracismo y a la soledad. En estas condiciones se podía argumentar que “la soledad del individuo comenzaba cuando éste se percibía contrario a la inercia de la historia”, la historia de lo que le rodeaba, de la sociedad de la cual formaba parte. Sin embargo, los exiliados, lejos de mostrarse miserables, se reconocían en esta postura: la búsqueda de un nuevo tipo de libertad supracultural, no tener porqué seguir los requisitos necesarios para ser un conciudadano correcto. De este modo, tradicionalmente, frente a una sociedad entera que comprendía la existencia de dicho personaje como la de un bicho raro, éste se refugió en la constatación y en la afirmación orgullosa de la soledad y de su exclusión: los incomprendidos, los ermitaños, los monjes de clausura, los intocables, los marginados, los rebeldes, los traidores, los herejes,... Sin embargo no es oveja negra aquella que es indeseable sino aquella que resulta diferente. Esto se empezó a ver a finales del siglo XVIII y evolucionó hasta tal punto que estas personas, que hasta entonces se las había obligado a exiliarse, de repente resultaron mitificadas: la casta de los librepensadores, de los espíritus libres, de los espíritus indómitos, aquellos a los cuales la historia había tratado de ocultar hasta aquel momento. De haber nacido en el medioevo, de haber sido mujer se la habría tachado de bruja y quemado en la hoguera al negarse a someterse a los designios del varón; de haber sido hombre se le habría asesinado en un callejón oscuro ante el miedo que sus ideales pudieran socavar los

cimientos del poder de otros hombres. Sin embargo a partir de finales del XVIII y con la revolución francesa fueron necesarios y se les mitificó ante la encrucijada que la nueva historia disponía ante los ojos del pueblo. Libertad, igualdad, fraternidad. Democracia, sufragio universal, emancipación de la mujer, socialismo, comunismo, anarquía,... en un empuje de tal fuerza y envergadura que ha llegado hasta nuestros días: el librepensador sigue siendo un ser mítico que clama en las entrañas de esta civilización con una virulencia que a menudo nos hace temer.

No obstante ¿a quién hacen temer? Desde luego no al sistema el cual precisamente se ha servido de ellos. La historia, que antes parecía pertenecer en exclusiva a cada contendiente del gran juego, ante el nuevo paradigma tiende a disolverse; si bien como único aliento antes del estertor se mantienen ciertos aspectos de la lucha de civilizaciones, no obstante llegará un momento en el que esta lucha, esta discrepancia entre culturas, no será más que otro aspecto dentro de la complejidad interna del sistema. La casta de los librepensadores ha ejercido un papel fundamental en este proceso al acelerar el “fin de la historia”. Para Fukuyama², en su famoso artículo publicado nada más entreverse la noticia del fin de la “Guerra fría”, auguraba una nueva era de esplendor y felicidad basada en el triunfo de la democracia, una situación en la que el ser humano sería satisfecho en todas sus necesidades básicas, haciendo innecesaria la lucha, por lo tanto la historia. Un siglo antes, el francés Cournot definía el fin de la historia como el final de una tendencia que hace a los seres humanos discurrir por senderos cada vez más encauzados por lo que sus actos acabarían siendo perfectamente previsibles. Aproximadamente por la misma época Karl Marx³ señalaba que el final de la historia no podía ser otro que el triunfo final del proletariado sobre el estado del capital. Quizás sea éste último quien más se acerca al concepto de final de la historia que aquí vamos a presentar. Sea dicha, la historia se define por un objetivo, antiguamente por el objetivo de la supremacía sobre el resto de las civilizaciones, el relato de los héroes y de los reyes que permitían a los pueblos considerarse grandes ante el resto de la creación. Cuando los librepensadores salieron del anonimato para ejercer su influencia en el mundo, siendo los habituales excluidos de la historia, apostaron por el otro gran excluido de ésta, el pueblo, abogaron por la idea de la victoria social, siendo el objetivo de la nueva era la satisfacción de todas las reivindicaciones sociales. El primer paso lógico para la consecución de esto consistía en la disolución de los senderos culturales, la ruptura con los condicionantes sociales que hacían del pueblo un esclavo primero de su nacimiento, y segundo más adentrados en el siglo XIX, de su clase. Prácticamente fue un movimiento a escala mundial, aunque su evolución vivió contrastes, en algunos lugares la idea de la victoria social se convirtió en el nuevo hito del poder, en otros llegó a enfrentamientos ideológicos que desembocaron en guerras civiles, y en los terceros se aliaron con las estructuras del poder monetario básico, el capitalismo, conformando posiciones socialdemócratas. De estos posibles paradigmas, el único que a la larga ha sobrevivido ha sido el tercero, la alianza con el capitalismo que sin embargo ya no podía ser llamado de esa manera, desde el momento mismo en el que las estructuras del poder acogieron la idea de la victoria social. En el concepto de que el conjunto es mucho más que la suma de las partes no podía denominarse ya capitalismo, tampoco socialismo. Se trataba del comienzo incipiente de una nueva

² Francis Ford Fukuyama. *The End of History and the Last Man*. 1992.

³ David Harvey. *Espacios de esperanza*. Ediciones Akal S.A. 2000

realidad, el sistema, o lo que de momento hemos llamado de modo reduccionista como sistema, puesto que no puede recibir nombre. Desde su inicio el sistema se conformó en la integración en sí mismo de múltiples realidades diversas, y a menudo contradictorias: disolver los senderos culturales, aunar la historia de los pueblos en una sola,... sin embargo sin obviar los enfrentamientos naturales que entre personalidades puede haber. A menudo se ha identificado el sistema con el proceso de globalización, lo cual es un error, puesto que dicho proceso no es más que un aspecto como otro cualquiera, quizás más relevante, de su lógica interna. El sistema acoge tanto las tentativas globalizadoras como los movimientos a favor de la identidad particular, tanto las opciones capitalistas como las reacciones subversivas, ya sean comunistas, ecologistas, socialistas o anarquistas. De esta manera el final de la historia consistirá en la

1. Introduction: Rhizome

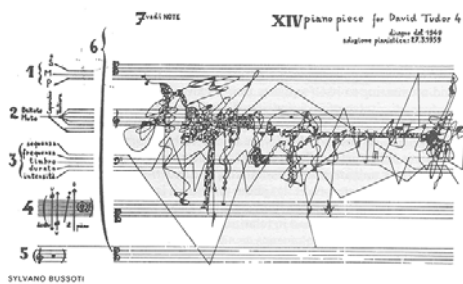


Figura 2

Sylvano Bussotti. Cinco piezas para piano para David Tudor. G.A. Ricordi, Milán. 1970.

integración de todos los valores de la humanidad en una única realidad de tal modo que la complejidad que acogerá llegará a un punto que ya ni siquiera podrá recibir nombre, ni podrán distinguirse sus reglas puesto que su flexibilidad será tal que una vez se logra reconocerlas cambiarán para no dejar frente por el que acometer. Es el nuevo Innombrado, el nuevo Omnipotente, el monstruo de infinitas cabezas, y del que sin embargo podemos discernir sus características y efectos, su extraordinaria adaptabilidad ante cualquier situación, su capacidad para transformar la victoria de otros en suya propia, de aprovecharse de cualquier coyuntura, hasta conseguir cambiar intenciones profundas en mera superficie. De este modo su único enemigo es el fanatismo, el único arredro que le queda a la historia para sobrevivir, puesto que cuando incluso éste sea absorbido no habrá un discurso lineal, sino un conjunto de contradicciones ilegibles, sin objetivo definido a no ser otro que la ampliación del propio sistema.

Ahora bien, es la historia global de la humanidad, la historia de lo colectivo, la que disuelve, en su lugar queda la perspectiva de lo individual. Frente al sendero cultural rígido, encauzado y restrictivo que las tradiciones imponían, incluso ofreciendo una explicación y una salida para el gravoso asunto de la muerte, el nuevo sistema se contrapone violenta y radicalmente en la ausencia del sendero, en la crucial relevancia del presente frente a cualquier otro momento, ya sea pasado o futuro, en la afirmación de la idea de la libertad absoluta. Esto es, lo colectivo deja de ser importante en la medida que el mercado parte de la voluntad y de pequeños actos del individuo particular, a fin de cuentas la cultura de masas no es más que una cultura basada en el consumo masivo de intereses afines de individuos concretos. De algún modo remarcar la importancia que frente a la visión de lo holístico, del sistema al completo, toma un pequeño actor, de tal manera que es el individuo y no la sociedad la medida del nuevo sistema. Esto se ve en la disyuntiva que se nos ofrece a continuación, ya no hablamos de senderos culturales comunes a todo un pueblo, sino de perspectivas individuales. Una perspectiva es un paisaje que se observa, no sólo un paisaje que se

observa, también una previsión de lo que algo puede llegar a ser. Una perspectiva, dentro de los infinitos límites entre los que se desarrolla el sistema puede ser algo que creemos lo correcto, que deseamos, o que pensamos que es lo más sensato para realizar, una opción personal. En cualquier caso por esto mismo pensar con perspectiva es crear enfrentamiento, puesto que se trata del producto de un deseo, individual, surgido de una premisa interior de la persona, que puede ser perfectamente independiente de cualquier rasgo cultural o colectivo heredado, por lo cual nos define en contraposición al resto de los miembros de la sociedad. Llegados a este punto podríamos pensar que una perspectiva es un sendero cultural que nosotros mismos nos imponemos. En realidad existe una sutil diferencia, los senderos culturales son excluyentes y remiten a todo un pueblo; como hemos señalado, admiten determinadas acciones y otras las rechazan tajantemente, son el medio por el cual una civilización se asegura el compromiso de sus miembros a la hora de oponerse al resto de las civilizaciones. La perspectiva en cambio se conforma en base a los datos que están presentes en el interior del sistema y que son elegidos por un único individuo. Por explicarlo de algún modo es como un dibujo no terminado de un paisaje en el que se va seleccionando la información que a continuación se representa. Esto es, una perspectiva no se cierra, es tan sólo una previsión realizada a partir de los datos que hemos ido acogiendo y seleccionando. De otra manera también se la puede comparar con un diccionario, una palabra acoge significado en oposición al significado del resto de las palabras, sin embargo sólo puede ser definida mediante el uso de éstas, de tal modo que según evoluciona el lenguaje también cabe la posibilidad de acoger nuevas palabras para la definición. De este modo el capitalismo es una perspectiva que se podría, llegados a cierto punto, definirse con las palabras socialismo y anarquía, así viceversa podría ocurrir con las perspectivas de la sostenibilidad o de la ecología. Es decir, el sistema se inclina por la completa mezcla de las realidades que ha absorbido, esto es otro dato que nos avisa del final de la historia, la imposibilidad de hablar de una manera pura de los objetos a nuestro alrededor. En contra de esto se opone la perspectiva individual, no obstante su manera de ser, abierta, así como el haber sido constituida dentro del sistema le supone un problema, el no negar tajantemente admite la posibilidad de acoger nuevos nombres para la definición, el ser seducido por fragmentos de información a menudo polifacéticos hace que llegue un momento en el que la perspectiva acabe contradiciéndose a sí misma, cayendo el sujeto en el desánimo y en el sinsentido. Sentirse contrario a la inercia de su propia historia.

Quizás el paso definitivo para la instauración del sistema fue la crisis energética de 1973. Este hecho significó un antes y un después, el mundo necesitaba otros mesías diferentes de los de la industrialización y el bienestar; la economía de mercado, tal como era concebida tenía que cambiar, no sólo debía basarse en la relación producto-consumidor, se hacía necesario reflexionar acerca del asunto de la materia prima, por primera vez en la historia, agotable, así como en la concienciación del consumidor con respecto al problema. Aparecen nuevos conceptos acerca del capital: capital natural, capital tecnológico, capital humano, capital institucional, capital cultural,... el mercado debía expandirse no sólo con valores cuantitativos, también con ideales. La constatación del problema, al igual que sucedió con los utopistas del siglo XIX, permite a los del siglo XX soñar con nuevas perspectivas de solidaridad, ecología y progreso: la emancipación de la mujer, la resolución del problema del hambre en el mundo, la

aceptación de las minorías, “salvad a las ballenas”,... El capitalismo, el ancestral enemigo de la victoria social, en este momento de crisis es señalado de nuevo como el culpable de la situación, se le cree débil, necesita transformarse ante una reducción de sus emolumentos que destruiría sus estructuras basadas en un volumen de negocio que necesariamente ha de tender a ampliarse; o reconvertirse o morir, desde la idea de la victoria social se aplaude cualquier atisbo de éxito, cualquier resquicio que deje ver que el capitalismo ha acogido tintes de solidaridad, o un compromiso serio con la ecología o con la sostenibilidad; esto podría haber significado un cambio de rumbo de la humanidad, hacia una conciencia menos depredadora y más ecológica, o quien sabe hacia una tercera guerra mundial. Pero lo que sucedió en cambio fue que el mercado en ese proceso supo absorber estos ideales como valores de consumo. El sistema comenzó de este modo a consolidarse, acababa de acoger en su seno todos los ideales de las revoluciones de los años sesenta y setenta. Acababa de absorber como valor propio la idea de la victoria social. Esto indujo una complejidad sin precedentes. El poder monetario ya no era suficiente para explicar la realidad puesto que no se trataba únicamente de productos, también de ideales, había que buscar una nueva moneda de cambio y ésta no era otra que la información.

El individuo, dentro del mercado, se halla sumergido en el interior de un mar de información del cual forma parte. Los medios analizan hasta el más ínfimo detalle de su vida con el fin de averiguar su nombre, sus aficiones, sus gustos,... su perspectiva, y bombardea constantemente con información de diverso tipo para intentar formar parte de ella; el nuevo objetivo que ha permitido al capital sobrevivir es la seducción, el consolidarse dentro de las perspectivas individuales. Por consiguiente, llega un momento en el que el sujeto no sabe lo que en realidad desea, ha acogido tanta información que le es imposible distinguir qué verdaderamente conforma su persona. Se siente violentado, si en el anterior paradigma la violencia era evidente (o estar dentro del sendero cultural o estar fuera), en el nuevo pudiera parecer loco si pensase que la violencia parte de sí mismo. Frente a un sendero cultural en el que el individuo rebelde es excomulgado sin más del colectivo, nos movemos hacia una nueva realidad en la que la persona individual es la medida del sistema, por lo que éste considera en el hecho que un solo hombre o una sola mujer se le enfrente una crisis en potencia, un contendiente que si resulta carismático/a y convincente puede llegar a crear un movimiento que se oponga con fiereza a sus pretensiones. De aquí que la respuesta sea inmediata: dirigir el caudal de información, la atención de las masas, del público en general, hacia él/ella de tal modo que lo termina convirtiendo en héroe o maldito, según la ideología del individuo dentro del sistema, creando en cualquier caso toda una lógica de mercado a su alrededor. Es cierto, la rebelión se convierte en movimiento pero este movimiento desde el principio está abocado al fracaso ya que rápidamente es absorbido como fragmento de información, por tanto susceptible de ser manipulado o tergiversado. En este caso no hay excomunión pero la violencia se ejerce en la imposibilidad de poseer la exclusividad de la identidad personal: serán otros los que nos definan, los que digan qué debemos hacer basándose en la información que disponen sobre nosotros. Estamos pues ante un nuevo tipo de violencia que se expresa ante todo en la contradicción que sufre el sujeto entre lo que es real- lo que hace o acomete- y lo que es importante- lo que opina que debería ser, el ideal. Finalmente la nueva violencia se define como una violencia psicológica: “la soledad del individuo comienza cuando se percibe contrario a la inercia de “su” propia

historia”, cuando la perspectiva por la que ha optado se vuelve confusa y más que ser una fuente de perfeccionamiento personal se transforma en una manera de encadenarse.

Hemos dicho que la idea de la victoria social es el nuevo opio del pueblo. Esto es así porque la idea de haber sido vencedores en el pasado nos engaña respecto a lo que significa el sistema, principalmente por dos razones: 1º puesto que nos hace pensar que siguen siendo los gobiernos, el capital, los causantes de todos los males, incitándonos a reaccionar en la seguridad de la nueva victoria de tal modo que lo que en verdad hacemos es expandir el sistema; y 2º porque si bien algunos pensadores y activistas comienzan a reconocer la realidad del asunto, el hecho de que fuera una victoria, es decir, el resultado de una lucha contra algo, nos induce a pensar que el sistema es el resultado de una conspiración, de un engaño por parte de las autoridades. Kim Stanley Robinson⁴ habla de la teoría de la conspiración diciendo que desde el asesinato de Kennedy lo importante no es el hecho en sí sino el número de explicaciones paralelas que se pueden ofrecer sobre ese hecho: el gobierno, los rusos, las mafias, etc.; esto es, más que la verdad lo que prevalece es la narrativa. Esto llevado a nuestra línea sería decir que los males del mundo se deben a una conspiración de los poderes fácticos, de tal modo que impide hacernos entender la verdadera realidad: que nadie propuso esta situación en la que nos encontramos inmersos, sencillamente sucedió como resultado de una evolución por selección natural. En realidad fue una simbiosis, nunca hubo una conspiración, no se puede achacar a un nombre o serie de nombres que la historia haya evolucionado de la manera como lo ha hecho. Sencillamente la lógica interna del sistema ha sido más fuerte que todos estos nombres, una situación de complejidad imposible en cualquier caso de determinar o de manipular. Como si de un acto de evolución natural se tratase asistimos al parto de una nueva criatura surgida de la autoorganización de cientos de miles de células o criaturas menores que no tienen conciencia de lo que en verdad están conformando; una criatura que no tendría que esclavizarles, sin embargo lo hace. El sistema se deslocaliza a sí mismo, no posee nombre, no posee perspectiva, no presenta un fin claro, no tiene porqué responder de nadie ni excusarse ante nadie, pero necesita al individuo al que categoriza y que como ente que se hace preguntas se convierte en movilizador de la información. Finalmente se trata del individuo y de información. La sociedad actual permite encaminarnos hacia lo que deseamos, intentamos llevar una vida tal como la hemos elegido, y aunque no deja de resultar difícil, el estudiar, el trabajar, el poder divertirse, el llegar a ser alguien,... lo cual nos obliga a luchar y a esforzarnos, siempre queda un momento en el que preguntarse ¿por qué? De alguna manera éste es un momento en el que la idea de la victoria social, la perspectiva, no aguanta más, se exigen respuestas, se percibe que la narrativa no es una opción y se busca la verdad. Sin embargo el sistema, en contra de los senderos culturales, no puede ofrecer la verdad, una verdad, ya que su objeto es la narrativa, el final de la historia; más que el flujo monetario o de poder, lo que alimenta al sistema es el movimiento perpetuo de la información, la mezcla absoluta entre perspectivas, una contaminación entre todos los nombres de tal modo que los hace totalmente dependientes entre sí. Y de este modo, al no haber fin, el individuo al preguntarse por el por qué de la finalidad de sus acciones lo único que obtiene es vacío. Mientras que los senderos culturales proponen soluciones para todo tipo de

⁴ Kim Stanley Robinson. *Trilogy of Mars*. 1996.

problemas, incluso para el de la muerte (cielo, infierno, reencarnación, etc.), el sistema falla, sin embargo el individuo que ha descubierto el vacío no puede olvidarlo, y por ello busca fervientemente alternativas. Quizás la gran coyuntura que ha permitido la instauración del sistema pudiera tener su clave en haberse ofrecido una perspectiva tan terrible al final del camino, la muerte, el vacío, que todo dispositivo que se dispone alrededor hasta que llegamos es aceptado y acogido sin remisas. Quizás el éxito de su implantación es el haber conseguido la incapacidad del individuo de responder a las grandes preguntas hasta llegar a concluir en la inexistencia relativa del final de la propia existencia. Sin lugar a dudas su mayor valor es llenar de contenido hasta el más insignificante de los instantes de nuestras vidas puesto que eso significa movilización de la información y por tanto expansión. La moneda de cambio del sistema es el trasiego del individuo, su estado de permanente mudanza entre perspectivas. De aquí que la idea de la victoria social, el hecho que hoy en día vivamos en una situación de bienestar, de aparente libertad sin imposiciones culturales, sea el nuevo opio del pueblo.

No obstante no tendría porqué haber sido así, en realidad fue una simbiosis, la idea de la victoria social no tenía porque ser el opio del pueblo, pero lo acabó siendo, debido a que esta simbiosis no era paralela. Sobre todo por la manera de realizarlo, el sistema no es capaz de responder a las grandes preguntas, no existe una ética para el individuo, es mucho más fácil caer en la tentación que soportarla, es más sencillo corromperse que mantener el compromiso. De esta manera que parezca que es el capitalismo y la globalización lo que en realidad prevalece en la sociedad actual. De esta modo se comprende que los grandes ideales se disuelven espontáneamente en negocios secundarios, tal que los propósitos iniciales acaban siendo la pérdida de lo que trataban de salvar. De la solidaridad consigue un negocio de fármacos contra el SIDA en África que acentúa aún más la pobreza y la miseria de este continente; de la ecología tecnologías cuya aplicación supone un aumento significativo del precio de los productos de tal modo que la impopulariza al convertirla en sólo accesible para unos pocos; de las manifestaciones contra la guerra un nuevo mercado que se nutre de símbolos no obstante arbitrarios cuya renuencia dicen ensalza el carácter de la protesta pero que a larga alimentan al sistema que produce las guerras; del amor por la naturaleza urbanizaciones en contacto con ella que sin embargo no hacen otra cosa que degradarla;... ¿Cómo luchar contra aquello que no tiene nombre pero que sin embargo se sirve de todos los nombres? ¿Cómo vencer eso que se alimenta de la traición, de la tentación que supone el buen vivir? Parece imposible puesto que toda reacción resulta encaminada a la absorción por parte del sistema. Pero... ¿y si la cuestión no descansara en la reacción?

De aquellos que reaccionan se dicen que son subversivos, pero si subvertir significa trastornar, las reacciones entonces no son subversivas puesto que



Figura3

Hayao Miyazaki. *El viaje de Chihiro*. Vertiao films. 2003.

son enseguida absorbidas. Como se suele decir, con gritarle al mar sólo gastamos saliva. No obstante siendo como el mar construimos barcos de tal modo que éste adquiere tintes de habitabilidad hasta llegar a diluir su significado: no sólo es un enemigo, sino también un medio.

Entonces quizás sea tan simple como reconocer que formamos parte del sistema y que vivimos conforme a sus reglas. Quizás sea tan sencillo como asimilar en nosotros mismos esa lógica que nos lo hace tan inescrutable ¿Y si la verdadera subversión, más que ser diferente, más que demostrar rebeldía contra las imposiciones, consistiera en mostrarse permanentemente deslocalizado? No poseer nombre, no vivir en un lugar, no pertenecer a una comunidad, ni país, ni credo, ni jerarquía social; acentuarnos en la ambigüedad y la disolución propias del sistema puesto que al igual que la bruja de “El viaje de Chihiro” su forma de englobarnos es poseer nuestro nombre, o mejor dicho, de conseguir clasificarnos, de categorizarnos con el fin de transformar un ideal que poseamos en producto, en una debilidad como necesidad acuciante para el consumo ¿Y si la verdadera subversión en vez de ser diferente fuera no tener nombre? Nombre en la connotación de identidad propia e identificatoria. No estar ubicado en ninguna tendencia, no admirar a ningún héroe, ni seguir ninguna doctrina; no crear una referencia ¿y si la verdadera subversión fuera estar desubicado? Aquellos a los que decidamos seguir no poseerán nombre, de aquellos movimientos que decidamos pertenecer ningún símbolo ni consigna reconocerán a sus miembros, jamás saldremos del anonimato y todo aquello que se produzca no tendrá autoría, hasta revelar un cuerpo amorfo cuya esencia no podrá ser reconocida puesto que cuando los instrumentos clasificatorios del sistema le otorguen categoría mutará ¿y si la verdadera subversión no surgiera con una voz que mueve a las masas sino con cientos de miles de voces sin nada en común a priori? Y no obstante formarán un cuerpo, como un atractor extraño, o como un fractal, abarcable en su área pero inabarcable en su contenido, se reconocerán en un discurso, un discurso subversivo, subversivo porque nadie dispondrá de él, ya que a cada cual le resultará diferente, y por ello trastornará las estructuras de un sistema cuyo poder es la categoría, y cuyo paradigma el aprovechamiento de la reacción.

Esto es, hacia un cambio de paradigma, un nuevo paradigma para un nuevo mundo, un nuevo mundo que necesitará nuevos modos de concebirse la rebeldía.

Las nuevas revoluciones no se realizarán de manera premeditada sino que surgirán de manera espontánea, ni responderán ante una determinada situación externa de injusticia o sencillamente inaceptable, sino como floración de un deseo interno de un individuo, ni tampoco su morfología será un estallido que cambiará las reglas de la sociedad anterior, sino que por sinergia entre varios individuos responderán con lógicas que más que continuar conformarán nuevas realidades interiores al sistema y que no obstante éste no podrá abarcar; ni su acción momentánea, sino que dependerá su éxito de la persistencia sobreponiéndose a la rápida caducidad que imponen las modas. El objetivo, finalmente, no es la destrucción del sistema, sino su sustitución progresiva por una realidad que funcionará del mismo modo que él pero que no obstante le supondrá contraria puesto que si su origen se halla en el impulso del solventar una insatisfacción externa, el nuevo paradigma responderá con la voluntad de ser; si su concepto del poder reside en la información, éste se verá obsoleto ante la exaltación de la espontaneidad; si su garantía de pervivencia se halla en la

categorización de sus individuos componentes, el de la nueva realidad consistirá en la disolución de ésta en la garantía de que cada cual poseerá en exclusiva el nombre, la referencia que le define.